

El paper de la monarquia en la Inglaterra del siglo XVIII*

Jeremy Black

University of Exeter

Northcote House, Exeter EX4 4QJ, England

Resum

En aquest article, Black es planteja una nova visió del paper de la monarquia anglesa per acabar amb la idea d'excelsitud britànica basada en una monarquia parlamentària com a fil conductor de la història anglesa. Aquest estudi es focalitza en el segle XVIII, sobre el qual hi ha poques investigacions destinades a conèixer el paper de la monarquia britànica. L'autor compara la situació anglesa amb la circumstància política que es vivia en l'àmbit europeu i mundial del moment, tot destacant-ne els canvis i les supervivències de determinats sistemes polítics, com ara la república, la monarquia o certes cases dinàstiques. També ens parla dels darrers estudis sobre la cort i els governs, com un punt de reflexió sobre la importància de la monarquia, així com també de la transcendència de la reialesa en la cultura pública, en la vida política i en el llenguatge polític de l'Anglaterra del segle XVIII.

Paraules clau: paper de la reialesa, Anglaterra, segle XVIII, Jordi II, república, reialesa, cases dinàstiques, rebel·lió a les colònies americanes, cultura política.

Resumen. *El papel de la monarquía en la Inglaterra del siglo XVIII*

En este artículo, Black se plantea una nueva visión del papel de la monarquía inglesa para acabar con la idea de la excepcionalidad británica basada en una monarquía parlamentaria como hilo conductor de la historia inglesa. Este estudio se focaliza en el siglo XVIII, sobre el que hay pocas investigaciones destinadas a conocer el papel de la monarquía británica. El autor compara la situación inglesa con la circunstancia política que se vivía en el ámbito europeo y mundial del momento, destacando en todo momento los cambios y las supervivencias de determinados sistemas políticos, como la república, la monarquía o ciertas casas dinásticas. También nos habla de los últimos estudios sobre la corte y los gobiernos, como un punto de reflexión sobre la importancia de la monarquía, así como también de la trascendencia de la realeza en la cultura pública, en la vida política y en el lenguaje político de la Inglaterra del siglo XVIII.

Palabras clave: papel de la realeza, Inglaterra, siglo XVIII, Jorge II, república, monarquía, dinastías, rebelión en las colonias americanas, cultura política.

* Traducido por Montserrat Jiménez Sureda

Abstract. *The role of the monarchy in XVIII Century England*

In this article, a new vision of the role of the English monarchy is suggested by Black to finish with the idea of British excepcionality based on a parliamentary monarchy as a conducting thread of the English history. This study is focused in the 18th century, around which there is few research destined to know the role of British monarchy. The author compares the English situation with the political situation that was lived in Europe and its world area in that moment, highlighting the changes and the survivals of specific political systems, as republics or monarchies. He also talks about the last studies about the court and the governments, as a point of reflection on the importance of the monarchy, as well as the transcendence of the royalty in the public culture, in the political life and in the political language of the 18th century England.

Key words: monarchy role, England, 18th century, George II, republic, monarchy, rebellion in the American colonies, politic culture.

La manera en que la historia de la Inglaterra moderna se ha solido explicar no asigna un papel demasiado lucido a su monarquía. Mientras que la misma se introspeccionó como crucial para la construcción del estado en el primer milenio, hasta llegar al siglo XVI, en que el proceso llegó a su apogeo con las alabanzas dedicadas a los Tudor, a la institución monárquica posterior no se le ha concedido un papel tan positivo. Así, la historiografía *whig*, cuando se refiere a la modernización y liberalización de Inglaterra, presenta a los reyes del siglo XVII como obstáculos y a los derrocamientos de Carlos I en 1640 y Jaime II en 1688-1689 como hechos necesarios para avanzar en el progreso del país y de su sistema político. Consecuentemente, y a través de diversas articulaciones discursivas, la monarquía parlamentaria y constitucional inglesa se contrasta con la monarquía de los Estuardo y con las aspiraciones jacobitas, pero también a las monarquías del resto de integrantes del continente europeo. De este modo, se supone que el alma británica se sostiene en este particular tipo de monarquía, y ésta, a su vez, es generada, definida y actúa como escudo de tal excepcionalidad nacional. Esta monarquía se suele definir en términos de la voluntad de sus reyes para responder a las demandas de «progreso» político y se contraponen a la aparente ausencia de una situación similar en el resto de Europa.

Un ejemplo de esta visión lineal de la historia lo constituye el considerar que, ante el peligro de una retrocesión al absolutismo de los Estuardo, la inhabilidad de Jorge III para responder positivamente a las aspiraciones de sus colonias norteamericanas condujo a la guerra civil en el seno del imperio británico, esto es, a la revolución norteamericana o Guerra de la Independencia de los Estados Unidos (1775-1783). La teleología más común presenta a la monarquía británica dándose cuenta, inmediatamente después, de cual debía ser su papel y asumiéndolo, en particular, con las sucesivas extensiones de las libertades a lo largo del siglo XIX —sobre todo con las amenazas de Guillermo IV, en 1832, de crear nuevos pares para conseguir que la obstaculizadora Cámara de los Lores aprobase de una vez la primera o gran ley reformista.

Lo que antecede es un resumen de cuanto el gran público británico interesado en historia ha asumido como cierto. En el mundo académico, las opiniones son

divergentes. La versión histórica *whig*, lineal y teleológica (términos todos que se podrían considerar intercambiables hasta un cierto punto), ha sido conscientemente rechazada. Sin embargo, esta escisión de la esfera académica ha tenido mucho menos impacto del que se hubiera podido esperar en el gran público británico interesado en historia. Y, desde luego, el impacto de la mentalidad *whig* en el mundo académico ha sido más profundo de cuanto hubiese cabido esperar. En parte, esto es así porque persisten más aspectos de la tradición *whig* de los que realmente se está dispuesto a reconocer, pero también es a causa de lo contrario. Es decir, del destronamiento de la narrativa que representó la reacción contra la mentalidad *whig* y que condujo a una resistencia a ofrecer otras explicaciones generales alternativas. Este último caso, por ejemplo, puede observarse en las aproximaciones namieritas a la historia política de alto nivel y también en el tratamiento molecular post *whig* de la monarquía, en que los análisis de temas y reyes no conducen a síntesis de conjunto. De igual manera, la tradición *whig* insiste en mantener un cierto grado de excepcionalidad británica. Mientras que los historiadores que se dedican a la historia del continente europeo debaten la conveniencia del epíteto *absolutista*, enfatizando la limitación de poderes y las pretensiones de monarcas y gobiernos, estos debates tienen un impacto muy restringido en cuantos se dedican a la historia de Inglaterra. Tres causas provocan lo anterior. La primera es que, cuando se hacen comparaciones, se suelen hacer entre Inglaterra y Francia, y ésta última es descrita como el paradigma de la Europa continental, con la consecuencia de que, si se hallan diferencias entre Inglaterra y Francia, éstas se extrapolan hasta extenderse a la categoría de diferencias entre Inglaterra y el resto del continente europeo. En segundo lugar, el hábito de hacer comparaciones es mayor entre quienes trabajan el siglo XVII que entre los que se centran en los siglos posteriores. Y, en tercero y último lugar, hay muy pocos historiadores extranjeros que hagan historia —comparativa— de la Inglaterra del siglo XVIII y aquellos trabajos valiosos que se han escrito sobre el tema, sobre todo por parte de historiadores franceses y alemanes, no han focalizado en la monarquía, sino que han tenido el centro de su interés en la política popular.

La falta de una tesis general sobre el papel de la monarquía en la Inglaterra del siglo XVIII es muy desafortunada, en tanto Inglaterra tuvo un papel clave en la cultura política de la Europa del momento. La mayor parte de la Europa occidental hacia la mitad del siglo estaba en manos de monarquías hereditarias. Existían alternativas, en forma de monarquías electivas y de repúblicas, pero eran menos importantes, tanto en la escena internacional como en términos de imagen. Es más, con la excepción de los papas, que eran señores temporales de los estados pontificios pero que estaban condicionados por el celibato que les impedía tener hijos (legítimos), los principios hereditarios tenían su papel en las monarquías electivas más prominentes. Este factor es indicativo de una tendencia importante al principio hereditario en la práctica de la monarquía. La experiencia de 1741, eligiendo un sacro emperador romano germánico que no era de la casa de los Austrias, el elector de Baviera Carlos Alberto, que se convirtió en Carlos VII, se demostró tan divisiva que no fue repetida tras la muerte de éste en 1745, cuando sucesivos miembros de la familia de los Austrias se convirtieron en emperadores: Francisco I, el

marido de María Teresa, en 1745; su hijo, José II, en 1765; su hermano, Leopoldo II, en 1790, y el hijo de éste último, Francisco II, en 1792. Francisco II fue el último en detentar el cargo, que fue abolido en 1806. El principio hereditario también tuvo un papel importante en Polonia, donde quien era rey a mediados de siglo, Augusto III de Sajonia, era hijo de su predecesor, Augusto II. Aunque cuando Augusto III murió, otra elección sajona fue abortada por la del candidato respaldado por Rusia, el último rey de Polonia Estanislao Poniatowski.

En las repúblicas, también existía un importante elemento monárquico. Éste se observa en los *ducis* de Venecia y en los estatúderes de las provincias neerlandesas, un cargo éste último detentado, a lo largo del siglo XVIII, sólo por miembros del linaje de los Orange. Precisamente, este linaje de los Orange acabó unido al devenir histórico de Inglaterra. Guillermo III de Orange no tuvo hijos que asegurasen que la unión dinástica entre la familia Orange e Inglaterra (1689-1702) sobreviviese a su muerte. Sin embargo, Guillermo IV de Orange se casó con Ana, la hija mayor de Jorge II de Inglaterra, en 1735, así que Jorge III era primo de su algo insignificante contemporáneo Guillermo V.

A la muerte de Jorge III, en 1820, la situación había cambiado mucho. La monarquía y sus derechos hereditarios habían sido profundamente cuestionados a lo largo y a lo ancho de Occidente durante los cuarenta y cinco años precedentes. El primer desafío de envergadura empezó en 1775 en las colonias norteamericanas que Inglaterra poseía y acabó desembocando en la creación de un nuevo estado, que fue, a la vez, la primera república establecida en Occidente desde el corto interregno habido en Inglaterra entre 1640 y 1660. Hacia 1820, la monarquía, o, al menos, el gobierno que controlaban ciertas dinastías, había sido eliminada en buena parte de Europa occidental, de manera espectacular con la creación de la primera república francesa en 1792 y con la ejecución de Luis XVI en el año siguiente.

Más aún, en lugar de gobernantes por derecho de sucesión, tomaron el poder una serie de monarcas o de presidentes que no usaron para nada tal argumento. Un ejemplo de éstos fueron Jean Jacques Dessalines, el primer emperador de Haití (1804-1806) o Simón Bolívar, presidente de Colombia (1819-1830), ambos líderes de movimientos que acabaron siendo exitosas guerras de liberación nacional. Incluso, y mucho más amenazante para Inglaterra, lo fue también Napoleón Bonaparte, primer cónsul de Francia (1799-1804) y, después, su emperador (1804-1814), un título que, conscientemente, rechazaba el concepto francés tradicional de soberanía y era, en sí, una grandilocuente forma de poder. De hecho, los parientes de Napoleón fueron colocados en tronos que ya existían. Su hermano José fue entronizado como rey de Nápoles en 1806 y como rey de España en 1808, antes de ser expulsado de este último sitio, con ayuda inglesa, en 1813, y se crearon para él nuevos principados. Su hijastro, Eugenio de Beauharnais, fue nombrado virrey del nuevo rey de Italia, que no era otro que el propio Napoleón. Los neerlandeses proclamaron rey a otro de los hermanos de Napoleón, Luis, en 1806, para evitar que el primer Bonaparte anexase su territorio a Francia, aunque no consiguieron evitar que esto acabase sucediendo en 1810. Otro de sus hermanos, Jerónimo, se convirtió en el rey de un nuevo estado germánico, Westfalia, en 1807 y Joaquín Murat, que había sucedido a José Bonaparte como rey de Nápoles en

1808, había sido previamente proclamado gran duque de Berg, otro nuevo principado alemán creado en 1806. De igual modo, los aliados de Napoleón fueron rápidamente elevados a la categoría real: los electores de Baviera y Wurtemberg en 1805 y el elector de Sajonia en 1806. El Estado polaco fue recreado por Bonaparte como Gran Ducado de Varsovia y el rey de Sajonia se convirtió en su primer gran duque. Por el otro lado, los gobernantes legítimos que se resistieron a la hegemonía de Francia buscaron asilo en Inglaterra. A Guillermo V de Orange y Luis XVIII de Francia siguió, en 1810, Gustavo IV de Suecia. Otros gobernantes se cobijaron a la sombra del poder británico, como Fernando I de las Dos Sicilias y, más tarde, don Juan, el regente de Portugal, que, al trasladarse a Brasil en 1808, se convirtió en el primer gobernante europeo que visitaba América. Durante su período imperial, ningún rey español visitó Hispanoamérica.

Coetáneamente al surgimiento de nuevos gobernantes, se produjo la destrucción de los viejos estados como Polonia (en 1795), Génova (en 1797) y Venecia (en 1707) y la creación de los nuevos, como las repúblicas báltica, helvética y ligur, aunque la mayor parte de éstas últimas tuvo una vida breve e, incluso, volvió a transformarse. Así, la república báltica se convirtió en el reino de Holanda y éste acabó siendo parte de Francia. El Sacro Imperio Romano Germánico, y con él las antiguas formas que revestían la autoridad y el poder en la Alemania moderna, terminaron y los Austrias, a través de la persona de Francisco I (a quien hubiese tocado ser el sacro emperador romano germánico Francisco II), se transformaron en emperadores de Austria. Sin embargo, el principio monárquico continuaba siendo importante. Los americanos que habían rechazado a Jorge III de Inglaterra como a un monarca inadecuado y una figura paterna decepcionante, por ejemplo, recrearon ambas formas en el presidente Washington. Aunque los Estados Unidos no habían asumido la forma de una monarquía, tenían contenidos de la misma, incluso en su manera de simbolizar el poder. A pesar de todo, fue crucial que Jorge Washington no tuviese hijos y aceptase la idea de que debía servir al país sólo durante dos mandatos. A mayor abundamiento, inmediatamente después de que Jorge III de Inglaterra muriese, el general Agustín de Itúrbide se convirtió en el emperador de Méjico y el hijo del rey de Portugal, en Pedro I, emperador de Brasil. Sin embargo, la legitimidad, la aceptabilidad y la estabilidad estaban lejos de ser algo seguro, como Haití, Francia (tanto bajo Napoleón como bajo los Borbones restaurados en 1814) o Méjico se encargaron de demostrar.

Si el principio monárquico era tan importante en el mundo occidental (como lo fue, también, en el mundo oriental con golpes de estado, como el de Constantinopla de 1730, que no condujeron a ninguna república), esta aserción ofrece una vía para examinar de nuevo las posiciones de Inglaterra. En Inglaterra, el énfasis en la naturaleza limitada de la monarquía durante el siglo XVIII, generalmente, había sido funcional, ésto es, una manera de focalizar en su sistema político, una manera en que el papel activo de los monarcas aparecía restringido por los preceptos constitucionales y la práctica política. La clave de bóveda en las investigaciones sobre historia política de alto nivel desde finales de la década de 1920 ha sido la existencia de partidos políticos (una visión que Sir Lewis Namier desafió), siendo el papel del monarca una cuestión claramente marginal en el deba-

te que se generó al respecto. Aunque el papel de los reyes se llegó a debatir, hubo mucho más interés en tratar de la naturaleza de la organización política y, más recientemente, la atención se ha desplazado hasta el punto en que los partidos políticos gozan del apoyo popular. La tradición positivista de la historia política británica se ha sentido más atraída por los ministros y los partidos en la esfera política de alto nivel que por la corona en sí. Esto es especialmente remarcable para los reinados de Jorge I y Jorge II, ya que ninguno de los dos reyes dejó una correspondencia abundante y tampoco hubo un mecanismo formal que registrase las reuniones mantenidas por iniciativa de ambos soberanos. Por otro lado, en la documentación generada por algunos ministros, básicamente la del duque de Newcastle, sólo aparecen referencias someras al papel desempeñado por su monarca. Así que resulta lógico que la misma naturaleza de la investigación histórica se combinase con el interés específico de los historiadores y que el resultado de los dos factores fuese la poca atención recibida por la Corona.

Ahora bien, el interés por la Corona se reavivó, desde una óptica diversa, con el auge de los estudios sobre la Corte. Estos estudios no se restringen al ámbito británico, lo cual ha beneficiado a la historiografía inglesa con dos ingredientes: el cosmopolitismo y la provisión de un contexto comparativo. Sin embargo, también en ellos hallamos una especie —diferente de la descrita— de insularidad, tendente a centrarse en los aspectos internos de las cortes y en los temas culturales que les son propios, con mucho menos interés en analizar el significado social y político de la monarquía. Éste es un tema que se debería examinar. Para los años finales del siglo XVIII, existe el libro de Linda Colley que sostiene que Jorge III adquirió una gran importancia simbólica como estandarte de la nación bajo la amenaza de la Francia de la Revolución, justo en un momento en que su significado político real (como su propia fuerza física) era menor del que había tenido en sus primeros y controvertidos años como rey¹. Colley sostiene que la decadencia de la importancia real del soberano fue una condición coadyuvante a su importancia simbólica. Aunque la tesis de Colley es muy llamativa, sus postulados plantean una serie de problemas. En primer lugar, como explicación de los primeros años del siglo, esta obra quiere describir el espíritu de su tiempo y se limita a ofrecer un repertorio exhaustivo de la gran variedad de opiniones, algunas de ellas muy críticas, que hubo acerca de Jorge III y de la monarquía en general. En segundo lugar, está muy lejos de verse con claridad, en éste y en otros períodos de la historia, cual es la relación entre poder simbólico y poder real. En tercer lugar, en este libro existe una tendencia a minimizar el papel simbólico del monarca y de la monarquía en los últimos años de reinado de Jorge III. Esto, en parte, refleja el carisma que le faltaba a la casa de Hannover, a pesar de que sus miembros no fueron peores que los Borbones, pero también retrata una dimensión ahistórica, en la cual, como el papel simbólico de la monarquía significa relativamente poco para el historiador contemporáneo que lo está analizando, éste asume que tuvo el mismo peso insignificante en el siglo XVIII.

1. COLLEY, L. J. (1992), *Britons. Forging the nation, 1707-1837*, New Haven, Imprenta de la Universidad de Yale.

El malentendido es serio. Sólo hay que fijarse en la importancia de la lucha dinástica entre los gobernantes de la casa de Hannover y los Estuardo que permanecían en el exilio. Además, el desafío jacobita nos indica cuan central fue el tema monárquico en el siglo XVIII. Este desafío tuvo mucha importancia hasta 1746, cuando Carlos Eduardo Estuardo fue derrotado en la batalla de Culloden, pero incluso después fue muy tenido en cuenta, ya que el fracasado intento francés de invadir Gran Bretaña en 1759 fué, ostensiblemente, en apoyo de las razones del pretendiente Estuardo. De hecho, el triunfo de los Estuardo hubiese significado para los franceses una salida honorable y estratégica a la guerra con Inglaterra, ya que hubiese comportado, al menos aparentemente, la seguridad de que ésta última no intentaría tomarse la revancha. Justo en aquellos momentos, la causa de los Estuardo dependía del apoyo exterior en un punto mucho mayor de cuanto había dependido en 1745. El fracaso del año 1759 fue seguido del acceso al trono de Jorge III en 1760 y del desarrollo de una nueva tendencia política auspiciada por él, a saber, un refuerzo consciente de la causa de los «patriotas», un rechazo a la intervención del resto de potencias del continente europeo, un enfriamiento de los lazos con el resto de integrantes de la casa de Hannover y un acercamiento deliberado a los *tories*. Esta tendencia política terminó por romper definitivamente cualquier posibilidad de apoyo inglés a la causa de los Estuardo.

Ahora bien, el fracaso de la opción Estuardo de ningún modo representó una disminución o una desaparición de la trascendencia de la realeza en la cultura pública y en la vida política. Al contrario. El lenguaje político desarrollado en la década de 1760 está repleto de temas simbólicos tradicionales, básicamente centrados en las esperanzas que despertaba un rey joven y en las preocupaciones surgidas sobre un favorito que aparecía como siniestro: Juan, el tercer conde de Bute, que se convirtió en primer ministro en 1762. La regeneración a través de un renacimiento encarnado en un nuevo rey fue la idea central de las aspiraciones que los «patriotas» focalizaron, primero, en Federico, el príncipe de Gales, hasta la muerte del mismo, acaecida en 1751, y, después, en su hijo, el futuro Jorge III. El lenguaje simbólico era muy potente, aunque esta misma potencia sea difícil de descifrar para los historiadores. La ola de criticismo que levantó la salida del gobierno de Guillermo Pitt el Viejo en octubre de 1761 y, por consiguiente, el movimiento antigubernamental wilkesita durante la década de 1760, supuso que el «patriotismo» fuese un movimiento contestado por sectores críticos antigubernamentales que desafiaron a la imagen benigna que se había construido de Jorge III. No se llega a ver claro hasta qué punto el «patriotismo» centrado en la figura real que Colley ha descrito como existente en la segunda mitad del siglo XVIII estaba presente durante este asalto a la figura del monarca. Particularmente, se deja de ver un vacío en la situación británica de la década de 1770. Las críticas coetáneas sobre la posición del gobierno británico con respecto a sus colonias norteamericanas condujeron a una amplia escalada de reclamaciones². Sin embargo, muchas de estas reclamaciones se dirigieron al gobierno y no a la Corona. Por el contrario, en 1776, las críticas

2. BRADLEY, J. (1986), *Popular politics and the American Revolution in England. Petitions, the Crown and public opinion*, Macon (Georgia), Imprenta de la Universidad de Macon.

sobre la posición del gobierno británico con respecto a sus colonias norteamericanas se dirigieron a la Corona, como se colige del ataque a Jorge III, calificado como tirano en la declaración de independencia de los Estados Unidos. El mal gobierno se personalizó en los actos de un tirano y eso refleja el fortísimo papel que la lealtad al soberano desempeñaba en la cultura política de la época y también la gran desilusión que, con respecto a Jorge III, experimentaron muchos «patriotas» norteamericanos entre 1774 y 1776. Una parte del lenguaje que se empleó era netamente bíblico y hacía de Jorge III una especie de plaga del Antiguo Testamento. Uno de los leales al rey, Tomás Hutchinson, llegó a comentar que había frases «preparadas perversamente para focalizar los agravios en el rey»³. Jorge III, por su parte, estaba decidido a mantener sus colonias norteamericanas y actuó con sus habituales firmeza y sentido del deber⁴. La actitud del rey podía haber sido vista como un impresionante despliegue de perseverancia y resolución, una especie de anticipo de lo que representó, mucho después, la determinación de Winston Churchill. Sin embargo, esa actitud perseverante de Jorge III le condujo por el sendero político del fracaso. Ahora bien, cualesquiera que hayan sido las características de la política seguida para tratar con las colonias inglesas de Norteamérica, cuanto aconteció refleja la importancia política de la Corona e indica el grado según el cual Inglaterra puede compararse con lo que estaba pasando en el resto del continente europeo.

Si vamos más allá y nos situamos en una perspectiva diversa, no se puede simplificar sosteniendo que los reyes ingleses del siglo XVIII se vieron afectados por el papel desempeñado por instituciones mediadoras como el Parlamento. Sin embargo, tales instituciones fueron muy importantes en Francia. En lugar de analizar este tema en términos de restricciones impuestas a la Corona por el Parlamento —y proceder a medir la autoridad y el poder emanados de ambas instituciones en consecuencia—, es más apropiado el notar la tensión, común a ambas, causada por la regularización del poder a través del establecimiento y la observancia de los procedimientos administrativos acordados y la intervención personal del monarca. La tensión entre la maquinaria administrativa y el poder real se debió también, hasta un cierto punto, a que, en Inglaterra, como en cualquier parte, en un sistema en que el favor de la Corte era crucial, el poder no se basaba necesariamente en estar instalado en alguno de sus engranajes, puesto que sólo los reyes podían arbitrar efectivamente en las disputas, ya que el poder limitado de las instituciones gubernamentales los forzaban a actuar y a que sus súbditos viesan como actuaban, ejerciendo así el papel que se les había imbuido y para el cual se les había educado. Como en todas partes, en Inglaterra, era muy importante —aunque no bastaba con eso— que el rey mostrase su favor a ministros, instituciones y edictos si éstos querían mantener intacta su autoridad o cumplirse. El apoyo real no bastó para que el

3. HUTCHINSON, T. (1776), *Strictures upon the Declaration of the Congress at Philadelphia*, Londres, p. 16. El texto íntegro puede leerse en <<http://www.historians.org/teaching/AAHE/H67/Hutchinson.htm>>.
4. O'SHAUGNESSY, A. (2004), «"If others will not be active, I must drive". George III and the American Revolution», *Early American Studies*, núm. 2, 1 (primavera).

ministerio de los lores Stanhope y Sunderland sobreviviese al ataque que se le dirigió en 1720. Tampoco amparó lo suficiente a Walpole en 1742, ni a Carteret en 1744 y en 1746. Si la política británica aparecía particularmente inestable a ojos de los forasteros a causa del papel que desempeñaba el Parlamento en ella, tales comentaristas hallaban a muchas otras cortes igualmente —o, incluso, más— inestables, debido al papel que tenía en la política general el favor del rey. Esta impresión puede leerse en la correspondencia generada por los diplomáticos. Un ejemplo lo constituyen las cartas enviadas desde San Petersburgo por el embajador inglés.

En Gran Bretaña, como en todas partes, los ministros que accedían al cargo por primera vez trataban de favorecer las muestras públicas de apoyo a su política mediante la concesión de ejecutorías de nobleza a sus aliados o colocando a sus incondicionales en puestos de la casa real, y los gobernantes solían disgustarse ante tales muestras de presión que recaían sobre ellos. Muchos ministros —como Tanucci en Nápoles en 1776 o Pombal en Portugal en 1777— fueron apartados del poder porque cayeron en desgracia ante la Corte y perdieron —o nunca tuvieron— el apoyo del monarca o de sus allegados. Otra demostración de la importancia política de los reyes se observa en los problemas de envergadura que creaba el papel del rey cuando la persona que lo ejercía estaba enferma, como sucedió con Luis XV en 1728 y con Jorge III entre 1788 y 1789. El papel de rey como ser humano también provocó algunos ataques, que, en su sentido más literal, se tradujeron en intentos de asesinato. Los miembros de la casa de Hannover no hubieron de sufrir demasiadas tentativas de magnicidio, en parte porque las aspiraciones clave de los partidarios de los Estuardo se canalizaron a través de intentos de golpe de estado. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII, algunos reyes europeos sufrieron de intentos de asesinato, esto es, Jorge III en 1786 y 1800, Luis XV de Francia en 1757 y José I de Portugal en 1759, y ciertos golpes de estado condujeron a la eliminación física de los soberanos, a saber, el zar Pedro III murió en 1762, Gustavo III de Suecia en 1792 y otro zar, Pablo I, en 1801.

Así que Gran Bretaña no se puede considerar excepcional por tener una monarquía débil. Era frecuente que, incluso cuando los gobernantes controlaban eficazmente a sus cortes y ministros, las instituciones y el personal de sus gobiernos se mostrasen sordos a sus demandas, sobre todo si las mismas implicaban algún tipo de cambio. Igual que en el resto del continente europeo, en Inglaterra existía una tensión entre el respeto por el privilegio y los precedentes y la dirección hacia la que el gobierno trataba de llevar su política de reformas.

Ya los coetáneos habían hecho comparaciones específicas. Edmond Dziembowski ha puesto de manifiesto recientemente una comparación importante entre Inglaterra y Francia⁵. Según ella, la rivalidad entre la Corona y su oposición aristocrática fue el elemento clave de convergencia en la política de ambos estados. En la prensa británica también se han hallado paralelismos, sobre todo por parte de los escritores de la oposición deseosos de argumentar que la excepcionalidad nacional, al igual que las libertades, había sido aniquilada como con-

5. DZIEMBOWSKI, E. (2005), *Pitt l'Ancien, la politique britannique et l'espace franco-britannique au XVIII^e siècle*, tesis de habilitación (HDR) inédita, París: Universidad de La Sorbona.

secuencia del camino de corrupción emprendido por la sociedad británica y/o por las tendencias peligrosas —e, incluso, autocráticas— de su gobierno⁶. Observar a la política británica a través del prisma de la supuesta corrupción ministerial convertía a Gran Bretaña en similar a los otros estados del continente europeo y esta conversión creaba el contexto adecuado para el criticismo interior dirigido hacia la Corona. En algunos casos, estos procesos de comparación convertían a Inglaterra en similar a algunos estados de Europa y diferente a otros estados del mismo continente. Esta aseercción deviene particularmente certera si fijamos nuestra atención en la competencia y la personalidad de los reyes.

Claro que, ante la similitud, se distinguía un elenco de diferencias, pero si el gobierno parlamentario es una expresión de éstas últimas, la dinastía de los Hannover es otra, ya que, en su momento, se presentó como un rechazo legal a la dinastía de los Estuardo. Así, la Corona fue una expresión constitucional y una protectora de las diferencias y esto constituyó un pilar donde apoyarse, independientemente de los fallos del monarca como individuo que la ocupaba.

En cuanto a este último punto, el del monarca como individuo, existen unas buenas biografías recientes de la reina Ana y de Jorge I⁷. La figura de Jorge III está mucho menos tratada, aunque se puede sortear esta falta de intensidad historiográfica acudiendo a la extensa correspondencia del rey, accesible al lector en las diversas ediciones que se han hecho de ella. La situación empeora en el caso de Jorge II (que fue rey desde 1727 hasta 1760), monarca de hecho tanto como su propio título sugiere, que gozó de un largo reinado pero al que sigue faltando una biografía procedente del mundo académico. Estas omisiones no dejan de tener gran importancia, ya que, sin una biografía apropiada, los reyes aparecen como figuras de importancia episódica, claramente secundaria con respecto a sus propios ministros, meros seguidores de éstos últimos en lugar de ser considerados como productores de iniciativas. Para entender el papel que desempeñaban los monarcas, es necesario considerarlos no como figuras ajenas o accesorias de los estudios de historia política, sino que hace falta un análisis que focalice en ellos desde el uso exhaustivo de las fuentes que ellos mismos han generado. En segundo lugar, sin un estudio que focalice, de la manera descrita, en la figura real, se hace muy difícil comprender a la monarquía inglesa de los Hannover y a los problemas que ésta generó y que afectaron al personal político inglés de alto nivel —a los ministros—. En tercer lugar, el minimizar el peso político de Jorge II provoca que Inglaterra aparezca más distinta de lo que en realidad era con respecto al resto de estados de la Europa continental y, obviamente, esta diferencia dificulta un potencial análisis comparativo. La minusvaloración de Jorge II es un proceso antiguo, pero, en ella, también han incidido ciertos factores recientes. Sin un acceso fiable a las noticias de la Corte y con el interés vuelto hacia los partidos políticos, muchos coetáneos focalizaron sus investigaciones en los ministros, no en la Corona, y esta tenden-

6. BLACK, J. (1986), *Natural and necessary enemies. Anglo-French relations in the eighteenth century*, Londres: Duckworth.

7. GREGG, E. (1984), *Queen Anne*, Londres: Routledge y Kegan Paul. HATTON, R. (2001), *George I*, New Haven: Imprenta de la Universidad de Yale.

cia se fortaleció durante el largo reinado de Jorge III (1760-1820) a causa del vigor de la mitología *whig* sobre este monarca, que empezó a reinar de forma tan temprana. El mito que los *whig* construyeron acerca de Jorge III presenta a este rey como a un innovador que destruyó la estabilidad del «antiguo corpus» que formaba la política *whig* y la monarquía constitucional establecida después de la Revolución Gloriosa de 1688-1689 y, por consiguiente, este mito condenaba la política jorge-tercista mediante una comparación con la desarrollada en tiempos de su predecesor Jorge II, que había dejado poca impronta personal en la misma.

Comparada con la riqueza de publicaciones acerca de sus ministros, especialmente sobre Walpole, Newcastle y Pitt, hay muy pocas obras que se refieran directamente a la biografía de Jorge II. A pesar de ello, no sólo existe la posibilidad, sino que también hay una necesidad de que se escriba sobre este rey. Jorge II no dejó tras de sí grandes aportes documentales epistolares. Su costumbre de hacer anotaciones en las cartas que sus ministros le dirigían, en lugar de responder a las mismas, es un problema. En el caso de Jorge II, no hay nada comparable a la correspondencia de su nieto, Jorge III, que está depositada en el Archivo Real de Windsor, así que resulta difícil investigar sus planteamientos. De todas formas, como Ragnhild Hatton ha demostrado para el caso de Jorge I, la ausencia de cartas no es suficiente razón para no tomar al rey como centro de una biografía elaborada por historiadores. Puesto que, a pesar de que el Archivo Real contenga poco material —de hecho, menos material en el caso de Jorge II del que existe para hacer una biografía de su segundo hijo Guillermo, duque de Cumberland, e, incluso e irónicamente, menos material del que bastaría para emprender el estudio de su rival, el potencial Jaime III de Inglaterra y VIII de Escocia—, existen fuentes que permiten investigar la trayectoria de este rey. Así, junto al análisis sistemático de la documentación generada por los ministros británicos, debe tenerse en cuenta que los documentos de los diplomáticos son capaces de proveer de una masa ingente de información acerca de la Corte. Los diplomáticos se acreditaban en las Cortes, no en los ministerios, tenían un acceso recurrente a las primeras y eran unos comentaristas detallados acerca de todo cuanto acontecía en ellas. Sus conversaciones frecuentes con los reyes convierten a sus relatos en una vía para estudiar los planteamientos de los monarcas. Estos mismos diplomáticos dejaron muy claro el gran interés que tenía el rey Jorge II por los asuntos de la diplomacia europea.

Resumiendo, no ha habido un estudio sistemático que tomase como base los informes diplomáticos y, en particular, la información que éstos ofrecen acerca de la relación entre el rey Jorge II y la política británica. En este punto concreto, los historiadores extranjeros tienen mucho que ofrecer. La única información acerca del reinado de Jorge II contenida en un archivo extranjero que se ha analizado exhaustivamente es la serie que recoge la correspondencia política con Inglaterra que se guarda en el Ministerio de Asuntos Exteriores de París. Se han investigado partes de otras series, como la que contiene los informes de Luis Michell, un corresponsal que Prusia envió para cubrir la Guerra de los Siete Años, aunque no de forma exhaustiva. Siguiendo con Prusia como ejemplo, se necesitaría un análisis de los informes redactados durante la década de 1730, especialmente por Degenfeld, que era considerado por el gobierno británico como afín a sus intere-

ses, y también se precisaría un estudio de los documentos redactados por su hostil sucesor, Börck, que trató de establecer vínculos con Federico, el príncipe de Gales, y al cual Jorge II rehusó reconocer. De hecho, la naturaleza y el papel de la monarquía, tanto inglesa como europea en general, podrán delimitarse con garantías de éxito sólo como parte de una empresa historiográfica de mucho más calado. Tal empresa nos dará la clave para entender las semejanzas y las diferencias, tanto como las sinergias y las tensiones, que la naturaleza y el papel de la monarquía hicieron surgir.